

## INOCENCIO XI, EL MAS GRANDE ADVERSARIO DEL REY SOL

DE LA REVISTA "OGGI", DE MILAN,  
POR ALFREDO FERRUZA. TRADUCCION  
DE ANTONIO SAUCEDO CARRASQUILLA.

El 15 de noviembre de 1955, por Decreto fechado en Castelgandolfo, la Congregación de Ritos proclamó la heroicidad de las virtudes del Papa Inocencio XI, con lo cual puso en movimiento, después de más de dos siglos, un proceso de canonización que parecía olvidado para siempre. Y el domingo 7 de septiembre de 1956, tuvo lugar en la Basílica de San Pedro, profusamente iluminada por la luz de 300 reflectores y 700 lámparas, la ceremonia de la Beatificación. Por la mañana, durante la Misa celebrada por el Cardenal Tisserant, se dio la lectura al "Breve" de la Beatificación; y por la tarde, su Santidad Pío XII pronunció la oración sobre la vida y virtudes heroicas del Beato Benedicto Odescalchi, quien fue el más grande adversario del rey Luis XIV, dirigió la espada de Sablesky para levantar el sitio de Viena, y salvó a Europa de la amenaza turca.

Inocencio XI ha sido considerado por los historiadores como el más grande de los Pontífices del Seiscientos, por la guerra victoriosa que sostuvo contra los Turcos, por la energía con que se opuso a las pretensiones del Rey Sol, y por la sabiduría con que administró los bienes pontificios. Merecía, además, figurar en el catálogo de los Santos, por la autoridad ejemplar de su vida y por haber tratado de purificar a la iglesia de los males que la afligían. En efecto, aún no habían transcurrido dos años después de su muerte, cuando ya el 11 de abril de 1691 se iniciaba el proceso de su canonización, que avanzó con éxito favorable hasta la víspera de la proclamación de la heroicidad de sus virtudes. Corría el año de 1744, cuando se presentó un gravísimo obstáculo: los franceses protestaron e hicieron llegar al Papa, el famoso Car-

denal Próspero Lambertini, quien había ascendido al Trono Pontificio con el nombre de Benedicto IV, las manifestaciones de su decidida oposición. La Corte y los Ministros de París, no habían olvidado las divergencias que habían separado a Inocencio XI y a Luis XIV; y por consiguiente, no podían consentir en la canonización del enérgico Pontífice, que se le había enfrentado al Rey Sol.

#### DESIGNATURA O SEPULTURA

Bajo el pontificado de Su Santidad Pío XI, el proceso vino a continuar, debido a la petición del Obispo de "Como", la ciudad natal de Inocencio XI, y ahora acaba de tener su feliz culminación.

Desde la muerte del ilustre Pontífice Odescalchi, ocurrida en el Quirinal, en la mañana del 2 de agosto de 1689, el juicio del pueblo sobre su fama de santidad, se había anticipado a la definición de la Iglesia. Durante su vida, no había suscitado mucho fervor, ni entusiasmo: era frío, parsimonioso y severo; muchas veces se había pronunciado contra el lujo y la disipación de los grandes señores, la fatuidad de las mujeres y el ansia de placeres de los romanos. Pero apenas murió, muy pronto fue considerado como un santo. En la diligencia de autopsia, el médico pontificio, que era el célebre Lancisi, encontró "dos voluminosas piedras", que ocupaban por completo los riñones, de cuyo tamaño desmesurado no había antecedentes ni en los autores ni en la historia de la Medicina. Muy pocas eran las personas que se habían dado cuenta del dolorosísimo martirio que había soportado el Papa durante treinta y tres años, con excepcional paciencia. La multitud que había acostumbrado designar a Inocencio XI con el apelativo de "Lombardo", acudió compacta a su sepulcro, trató de llevarse consigo alguna reliquia, de retocar algún objeto en su tumba, y, a falta de eso, algún guijarro de su sepultura.

Cuando el 21 de septiembre de 1676, después de cincuenta días de clausura, se abrió el Conclave que eligió Papa al Cardenal Benedicto Odescalchi, era poco probable su candidatura. La razón era muy sencilla: parecía imposible que la Asamblea de Cardenales, la mayoría de los cuales no se distinguía por sus acendradas virtudes evangélicas, concentrara sus votos en una persona, cuya austeridad y pureza de costumbres eran conocidas. Además, el Cardenal Benedicto partido de "Altieri", ni al de "Chigi", dos personajes cuya influencia era decisiva para la elección de Papa. En efecto, tanto el uno como el otro decían una frase que se hizo célebre: "O designatura o sepultura", para indicar que quien

quiera que se opusiera a la elección de su respectivo candidato, arriesgaba la vida. Por otra parte, siendo Benedicto Odescalchi súbdito español por haber nacido en "Como", ciudad que pertenecía a la Lombardía, posesión de España, se temía el veto por parte del rey de Francia, natural enemigo de aquella nación. Pero contrariamente a las predicciones, no hubo obstáculo alguno para su elección.

La familia del nuevo Pontífice era muy rica, y tenía relaciones de negocios no sólo en Italia, sino en toda Europa, hasta Nuremberg y Cracovia.

Benedicto Odelcaschi, nació en Como, el 19 de mayo de 1611; uno de sus seis hermanos, de nombre Julio, fue Monje Benedictino: dos, Constantino y Nicolás, murieron muy jóvenes, y la única hermana, Lucrecia, contrajo matrimonio con Alejandro Erba, de cuyo enlace descienden los actuales Príncipes Odescalchi Erba. Cuando el joven tenía quince años, fue enviado a Génova a ayudar a su tío Papirio en sus negocios de banca y de comercio. Al volver a Como hubo de refugiarse en la población de Mendrisio, situada en territorio suizo, para huír de la terrible peste de aquellos años. Sin embargo, su estadía allí fue corta, pues se decidió que tomara el camino del sur, y se trasladara primero a Roma, y luego a Nápoles.

#### PREDICCIÓN MISTERIOSA

Tenía 25 años, y aún no sabía el camino que debía seguir en la vida. Según declararon algunos testigos, en el proceso para la canonización, cuando se dirigía a Nápoles, ocurrió un hecho singular: El joven que viajaba junto con su hermano Carlos, se encontró con dos monjes capuchinos, quienes le preguntaron hacia dónde se dirigía. Al responderles que a Nápoles, uno de ellos le dijo: "Retorna a Roma, porque allí está tu destino". Poco después los dos frailes desaparecieron misteriosamente. ¿Quénes eran? Después de la muerte del Pontífice, se creyó que habían sido dos ángeles que habían venido del cielo para anunciarle la altísima dignidad que habría de ocupar. Igualmente otros testigos afirmaron, en el mismo proceso, que cuando Benedicto nació, una mujer al verlo le había dicho a la madre, con tono profético: "He aquí, Paula, que has dado a luz una cabeza de la Iglesia".

Durante su estadía en Nápoles, el joven Odescalchi dividió su tiempo entre el estudio de las lecciones de Derecho Civil y Canó-

nico, y las carreras de caballos a las cuales era muy aficionado. En su libro de comentarios a las "Instituciones" de Justiniano, se encontró una receta sobre la manera de hacer aparecer una estrella blanca en la frente de los caballos. El 21 de noviembre de 1629, alcanzó el grado de "Doctor" en Derecho, con las formalidades tradicionales; una pequeña tribuna para el graduando, un libro que debía abrir, el "birrete" de Doctor, el beso de paz y la bendición de los maestros.

En este tiempo, abrazó el estado eclesiástico, que según los usos de la época, no exigía la Ordenación Sacerdotal, sino que bastaba la tonsura para distinguir a los clérigos. Se le abrió así, una nueva carrera: su hermano lo ayudó económicamente para conseguir las dignidades de Presidente y Secretario de Cancillería, posiciones que autorizaban su presencia en la Corte Pontificia y le daban la oportunidad para ascender en la Jerarquía. Sin embargo, Benedicto jamás solicitó honores, ni prevendas, y continuó su vida privada.

Estas cualidades atrajeron sobre él, la atención del Papa Inocencio X, quien lo hizo Cardenal, con el título de Diácono de los Santos Cosme y Damián. Durante mucho tiempo corrió la voz de que Benedicto Odescalchi había alcanzado la Púrpura Cardenalicia debido a la mediación de la influyente cuñada del Papa, señora Olimpia Maidalchini, quien primero había favorecido a otro candidato. Se decía que la noble dama había cambiado de parecer un día, en que jugando a las cartas con Odescalchi, éste le había hecho ganar de propósito, una gruesa suma de dinero. Pero una vez consagrado Papa, fue el mismo Odescalchi quien desmintió aquella versión perversa, en circunstancias bastante curiosas. Sucedió que un Embajador había solicitado, en vano, que se le diera una dignidad a un protegido suyo. Cansado de esperar, el diplomático solicitó una audiencia del Papa y descaradamente le dijo que, en materia de recomendaciones, el propio Pontífice no tenía la conciencia tranquila, pretendiendo aludir en esta forma a los rumores que corrían. Inocencio XI, después de haber meditado un poco, con gran mansedumbre, le respondió: "Señor Embajador: Con plena conciencia, le confesamos que, en toda nuestra vida, jamás aspiramos a dignidad alguna, con excepción del Curato de Camera, que obtuvimos en tiempo de Urbano VIII". En otra ocasión, declaró que a doña Olimpia tan solo le había regalado dos mulas, pero diez años después de haber alcanzado la púrpura cardenalicia, a su retorno del Obispado de Novara.

## EL CARDENAL DE LOS POBRES

El Estado Pontificio estaba dividido en Legaciones, a la cabeza de las cuales se encontraba un Cardenal. Las tres más importantes Legaciones eran de Roma, Bolonia y Ferrara. A esta última ciudad fue enviado el Cardenal Odescalchi, cuando apenas tenía treinta y siete años de edad. Encontró la región desolada por el hambre, y fue recibido por una multitud famélica que portaba, como bandera, un pan de salvado ensartado en un palo.

Inmediatamente se dedicó a conjurar la difícil situación: hizo venir de Puglia barcos cargados de grano, reprimió el fraude de los especuladores, y personalmente presidió la distribución de pan. Al darse cuenta el pueblo de la obra realizada por el Prelado, gritaba por las calles: "Viva el Cardenal, padre de los pobres", título con que fue designado toda la vida, en testimonio de sus desvelos por los indigentes.

Después de Ferrara, fue destinado para regir el Episcopado de Novara. Pero como el Cardenal Odescalchi aún no era sacerdote, ni Obispo, hubo de recibir al mismo tiempo la Ordenación y la Consagración Episcopal. En la nueva sede, también los pobres fueron el centro de sus afanes, hasta el punto de suspender todas las obras inclusive el embellecimiento de la cúpula de la Catedral, con el fin de dedicar todos los dineros a la ayuda de los necesitados. Más tarde, siendo Pontífice, adoptó el mismo criterio: le dio prelación a las necesidades de los pobres y a los gastos de la guerra contra los Turcos, antes que a las obras artísticas. Suspendió, por ejemplo, un pórtico diseñado por el gran arquitecto y escultor Bernini, y redujo al último sus gastos personales y los de la Corte Pontificia. Un día recibió la visita del Cardenal D'Este, y al ver la espléndida carroza del Prelado, el Pontífice exclamó: "Tal vez Dios hubiera deseado más, que esos dineros se hubieran empleado en la guerra contra el turco".

Cuando después de algunos años, ascendió a la Cátedra de San Pedro, las condiciones de la cristiandad eran demasiado precarias. Había gran licencia en las costumbres, las finanzas pontificias se estaban hundiendo, y los turcos amenazaban los Estados Católicos; ya habían ocupado a Hungría y Belgrado, y amenazaban directamente a Viena. Inocencio XI, durante los trece años de Pontificado, trató de poner sólidos diques a estos gravísimos desmanes. Fue llamado "Papa Cuartillero" y los anónimos le llovieron durante varios años. Administraba personalmente los fondos

de la Iglesia, suprimió todo gasto inútil y redujo las prebendas. Llegó hasta a dar en arrendamiento los jardines del Vaticano y del Quirinal, y a renunciar a la franquicia aduanera para él y su corte. Se alimentaba con extrema frugalidad y usaba los vestidos de su predecesor, a pesar de que por ser más corpulento le quedaban estrechos y cortos. Conocedor de los males que el "Nepotismo" había causado a la Iglesia, procuró tener alejados a sus familiares y se abstuvo de conferir dignidad alguna a su sobrino Livio, de quien, a la muerte de su hermano Carlos, era tutor. Por el contrario, le impuso vivir en Roma como cualquiera persona privada, y mantenerse alejado de los nobles, de los Embajadores y de todo género de negocios. Al hijo de su hermana, quien se hallaba en Milán, no le permitió venir a Roma, y en vano Cardenales y diplomáticos trataron de atenuar su rigor. (El título de "Príncipes" otorgado a los Odescalchi, no lo concedió el Papa, sino el Emperador Leopoldo I, quien quiso premiar el valor demostrado por uno de ellos en la guerra contra los turcos).

#### ADVERSARIO DEL REY SOL

Preservar a la Cristiandad de la amenaza Otomana, fue por algunos años la máxima preocupación del Pontífice. A este propósito hubo de realizar una delicada labor de conciliación entre el Emperador Leopoldo y el Rey de Polonia, Sobiesky, a fin de que unieran sus fuerzas para la defensa del nombre Cristiano. De esta manera fue posible hacer levantar el sitio de Viena, el doce de septiembre de 1683; y tres años después logró la reconquista de Budapest.

Los esfuerzos del Papa, quien financió en gran parte la empresa, fueron obstaculizados por el rey de Francia Luis XIV, quien acudió en ayuda de los turcos precisamente en el momento en que su derrota parecía inminente. Por esta causa, las relaciones con el "Rey Sol" se volvieron tensas, y así continuaron por varios años. Frente al poderoso Soberano, a quien admiraba toda Europa por el esplendor de su Corte y su poderío, y quien le dio nombre a una época, Inocencio se mantuvo firme, no cedió una sola línea.

Las diferencias se ahondaron con motivo de las "Regalías", o sea, los derechos que tenía el rey de Francia para administrar las rentas de algunas diócesis, y por consiguiente para asignar las prebendas. Inocencio XI se opuso a este privilegio que Luis XIV había extendido abusivamente. A las acometidas del rey, el Papa insistió en términos cada vez más enérgicos (llegó hasta amenazar

con el castigo divino, y no se dejó intimidar ni siquiera cuando una asamblea del clero francés, en julio de 1680, se puso de parte del rey y dio a conocer su protesta contra el proceder del Papa).

La lucha continuó por razón de la "jurisdicción" en ciertas zonas de la ciudad de Roma, pues en esa época los Embajadores ante la Santa Sede, desde mucho tiempo antes, gozaban de una especie de extraterritorialidad. En virtud de esa prerrogativa, no solo sus palacios sino también las zonas aledañas quedaban sustraídas a la jurisdicción del Estado Pontificio, y por consiguiente a toda intervención de la policía romana. Aprovechando estas circunstancias muchos delincuentes comunes se refugiaban en tales zonas para escapar a los procesos y a las penas. De esta manera, la seguridad pública quedaba convertida en un mito y la administración de justicia era imposible.

Inocencio XI quiso remediar esta situación, y para ello invitó a las distintas naciones a renunciar a aquel pretendido derecho. Todos los gobiernos accedieron, con excepción de Francia. Precisamente entonces, había sido nombrado embajador ante la Santa Sede el Marqués Lavardin, quien aún no había salido de París. El Papa le hizo saber que consideraba perjudicial su misión, si no renunciaba al privilegio de la extraterritorialidad. Esto fue como el fin del mundo: Luis XIV quiso hacer un despliegue de su poderío, y envió al embajador Lavardin, acompañado por una escolta de mercenarios suizos. El conflicto armado fue evitado gracias a la prudencia del Papa, quien toleró que el embajador Francés entrara a Roma y se fortificara en el Palacio Farnese, pero lanzó contra él la "excomunión", y más tarde puso en "entredicho" a la Iglesia de San Luis de Francia, a donde el embajador había asistido para las fiestas de Navidad de 1687.

El Rey Sol replicó apelando a un Concilio General y ocupando los territorios que la Santa Sede poseía en Francia. Fueron momentos de gran tensión, y se estuvo a punto de que Luis XIV separara a su nación de la Iglesia Católica.

Pero las cosas cambiaron: frente a la firmeza del papado, el rey Luis sintió horror ante la perspectiva de provocar un cisma en la Iglesia. Agréguese a ello, la general desaprobación de toda Europa contra las intrigas y desdichadas empresas del rey. Devolvió, pues, los territorios de la Santa Sede que había ocupado, renunció al derecho de asilo en el territorio de su embajada en Roma y revocó la prohibición hecha a los nuevos Obispos de pedir al Papa su confirmación. Prometió también al Pontífice levantar el

Decreto por medio del cual había dado validez oficial a la Declaración de la Asamblea del Clero francés acerca de las libertades galicanas, las cuales, sin embargo, se mantuvieron durante algún tiempo y llegaron a hacer escuela en el exterior, especialmente en Alemania. Hoy, estos acontecimientos pertenecen ya a la historia, pero no está de por demás recordarlos, porque en medio de ellos, como dice el insigne teólogo Juan Schuck, vemos a la Nave de la Iglesia atravesar las tormentas y proseguir su marcha segura e intenable, con sus costados azotados, pero sin llegar a estrellarse jamás.

### ANALOGIA ENTRE DOS PONTIFICES

Es de público conocimiento que Su Santidad Pío XII fue quien influyó decisivamente para hacer proseguir la causa de canonización de Inocencio XI.

Si se reflexiona detenidamente, no es difícil encontrar que no son demasiado misteriosas las razones que Pío XII tuvo, para obrar en tal forma. En efecto, existen grandes analogías entre las circunstancias que rodearon a los dos Papas, separados por dos y medio siglos de intensa vida de la Iglesia: Similitud en las costumbres, en la labor pontificia y en los acontecimientos sociales y políticos.

Cali, junio de 1960.



## JURISPRUDENCIA

### ACUMULACION DE ACCIONES

Apartes de una sentencia de la Corte Suprema de Justicia, de que fue ponente el Magistrado doctor ENRIQUE LOPEZ DE LA PAVA.

I) En todo proceso judicial hay una parte que demanda y otra que es demandada y además una pretensión que el actor pide ser amparada y satisfecha frente al demandado. El caso más elemental es que las partes dichas se encuentren integradas por un solo sujeto y que entre ellas se discuta una pretensión única, pero es muy frecuente hallar en cada parte un número plural de personas y que se controviertan varias pretensiones, sin que por ello se alteren la dualidad de partes ni la unidad del proceso. Así puede suceder que haya uno o varios demandantes contra uno o varios demandados. La pluralidad de sujetos en una misma parte o en ambas se la llama acumulación subjetiva, y la presencia de varias acciones en una sola demanda o en un proceso único se la denomina acumulación objetiva. Estas dos acumulaciones se presentan por lo regular combinadas, se inspiran en los principios de armonía y economía procesales y dan origen a un sin número de situaciones que no siempre son fáciles de discernir, sobre todo porque para apreciarlas se prefiere el método descriptivo al criterio sistemático.

La acumulación subjetiva tiene lugar en el litisconsorcio, en la intervención de tercero, en la coadyuvancia, en la litisdenunciación y en la acumulación de autos. El litisconsorcio puede ser simple, propio o facultativo y necesario.

La acumulación objetiva, comunmente llamada acumulación de acciones, ofrece dos aspectos según el tiempo y la forma en que se produce. Por razón del tiempo se la divide en inicial y sucesiva. Es inicial cuando se realiza en la demanda, en la reforma de ésta y en la reconvencción. Es sucesiva cuando tiene origen en la acu-